

La esperanza deshabitada de Rubén Darío

Aunque de modo tan perfilado como noción independiente, la esperanza, en la literatura española —y pienso que en todas las literaturas occidentales— es protagonista temática desde finales del siglo XVIII, coincidiendo de modo significativo con las primeras voces generalizadas de cultura laica, sentimiento tan consustancial al ser humano ha venido transmitiéndose desde los más tempranos momentos de cualquier lengua escrita. Lo que distingue, no obstante, a este último período —de más de dos siglos— es principalmente la forma de expresar la esperanza vivida, y esto es lo que me permite formular la idea de estas páginas. Una esperanza sostenida en ella misma, sin seres amados, sin confianza en otras vidas, presentidas si acaso, desde luego inencontradas e inencontrables.

La esperanza es un sentimiento complejo. A medias a veces entre pensar y sentir es, posiblemente, uno de los dos o tres estados más obligados por los que ha de transcurrir todo ser humano y, desde luego, vivencia sin la cual no puede prolongarse ninguna existencia. En la mayor parte de los casos aparece proyectada sobre algo concreto: el amor, la recuperación de la salud, el miedo, la expresión de algo que importa,... cualquier cosa, tan variados objetos como maneras de sentir soledad o desánimo haya.

Sorprende, en una persona tan lúcida, sensible y triste como Darío, encontrar el sentimiento, la cualidad originalísima que trataré de desarrollar, y es hermoso que quisiera expresarlo, generoso, entre tanta tristura. Escribe algunos de los poemas más amargos de nuestra lengua; por eso, cuando entre tanto dolor surge la esperanza especial a que me refiero, sacude el espíritu de forma extraordinaria. Esta esperanza, inusual por no concretada, es la que quiero proponer aquí. Una esperanza infundada —«Esperad, esperemos todavía»¹—, el

¹ Verso número diez del poema IX de *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*. Del libro *Poesía de Rubén Darío*. Prólogo de Pere Gimferrer, Planeta, Madrid, 1987, pág. 108.

ejercicio puro de la esperanza. Un libro como *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*, publicado en Madrid en 1905, podría parecer, sin percibir esta espera, una contraposición, antítesis desde su título. Desde luego en estos poemas hay vida que tiembla y fatigada de temblar, y son muy escasos los versos en los que se concede atención a la esperanza, pero esta mínima aparición es un valor añadido, desconcertado, pero que asegura el sentimiento que explico. Si fuese un libro lleno de poemas alegres y esperanzados y entre ellos guardase dos o tres versos concedidos a la desilusión, podríamos pensar a su autor —en ese momento— como persona optimista que pasara el desánimo obligado al vivir. Pero si, como sucede, en una mayoría de poemas sin vida no deja de aparecer el pulso confiado en no se sabe qué, esta pequeña aparición es un valor añadido a la vivencia rara de esta espera que, tal y como aparece, se mantiene, carente de porqué, de adónde, escrita y demostrada. Es lícito pensar que esta esperanza es más pura que ninguna otra. Es en puridad. Decía Kierkegaard en *La pureza del corazón está en desear una sola cosa*², que se puede querer, pero no es posible querer querer, pienso que Darío demuestra que sí. Ha de haber un estado que desarrolle, que prolongue la alegría de forma irracional. Existe la posibilidad de desear sin saber junto a quién, ni qué cosa sea la que despierta el anhelo. Se trata entonces de omitir la esperanza que el poeta nicaragüense deposita en el futuro hispánico, en la belleza o en el amor concreto, no consideramos ahora a «la Helena eterna y pura que encarna el ideal»³, ni siquiera a la vaguedad de lo ideal. Consideramos el no comprender la esperanza, el expresarla de un modo que escapa de los mejores lectores. Es la esperanza personal, la posibilidad individual que cada uno quisiera poder encontrar con respecto a poder o no poder vivir —«Juntos para edificar; solo para orar»⁴—. Darío regala, como en otras cosas, una lección. Poderosísima lección que estremece.

Creo que en esto el poeta llega donde nadie ha llegado. La inconcreción lo hace todo tan vago que se acerca a no existir. Por eso muchos piensan en su desesperanza total. Para soportar tanta vaguedad me es necesario traer aquí cuatro «grandes esperanzas», tres de ellas límites de concreción, pero que, enfrentadas a la que nos ocupa, distan del todo de sostenerse en algo desconocido. Abusando quizá de este título de Dickens⁵, he de señalar ahora estas cuatro distintas esperas, diferentes formas de vida, de cuatro autores españoles, escogidos por representar, incluso en la vaguedad, la esperanza concretada frente a Darío. Garcilaso de la Vega, Cervantes, Bécquer y Cernuda, cuatro autores para quienes la esperanza constituyó un orden básico y especial, con los que creo podré expresar mejor la esperanza habitual y la menos habitual,

² Ensayo *La pureza del corazón está en desear una sola cosa*. La Aurora, Buenos Aires, 1979.

³ Verso número catorce del poema «El cisne» de *Prosas profanas*. Del libro citado en la nota 1, pág. 68.

⁴ «Dilucidaciones» de *Canto errante*, de la edición citada, pág. 158.

pero alguna vez repetida, reencontrada. Su habitualidad está en que su espera tenga un objeto conocido, por vago que sea, sobre el que se proyecta y se comprende. Aquí da el salto el nicaragüense; si conocía su objeto, no lo expresó. Su Alba de Oro surge de la oscuridad total, y no queda explicado qué sea...como un movimiento amargo de intimidad, es un salto a la fe. Sólo si éste existe encuentre justificación este estudio.

La esperanza en Garcilaso de la Vega se encuentra en la mujer amada. En la vida y en la muerte ella es la luz que posibilita el impulso. A ella se dirigen muchos de sus sonetos, y los mejores versos de sus églogas y de sus canciones. Por ella toma «la fe por presupuesto» ⁶, por ella se nace y se muere o se piensa que, para ella, se nació y se murió. Muerta, la esperanza es el reencontro, así queda escrito en la Égloga I ⁷, escrita poco después de la muerte de Isabel Freire, que parece ser la amada real del poeta:

«Divina Elisa, pues agora el cielo,
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves, estando quedo,
¿por qué de mí te olvidas y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo
rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
y en la tercera rueda
contigo mano a mano,
busquemos otros monte y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?»

Así como Dante, al final de su *Vita Nuova* sueña con reencontrarse con el alma de Beatriz («e poi piaccia a colui che è sire de la cortesia, che la mia anima se en possa gire a veder la gloria de la sua dona, cioè di quella benedetta Beatrice» ⁸).

Con Cervantes, como con Bécquer y Cernuda, entra la esperanza en terrenos más movedizos por más inconcretos. Pero incluso las suyas, a las que «no sobra ni falta nada», imposibles y vagas, son esperanzas que se configuran concretas, pues siquiera nos permiten distinguirlas a ellas «en sí», de sus objetos, objetos concretos como tales, inconcretos como realidades. Esto los distingue de Darío.

⁵ *Grandes esperanzas*, introducción de Pilar Hidalgo, Cátedra, Madrid, 1985.

⁶ Parte del verso octavo del soneto III –V en otras ediciones– de Garcilaso de la Vega. Edición de Bernard Giacovate, Taurus, Madrid, 1983, pág. 118.

⁷ De la edición citada, págs. 143-154.

⁸ Del fragmento XLII, último de la *Vita Nuova*. Estudio de Raffaele Pinto, Bosch, Barcelona, 1988, pág. 298.

La esperanza en Cervantes nos obliga a hablar de Don Quijote, por lo que, solo en última instancia nos referimos al autor. La esperanza la lleva Don Quijote, la consecuencia diaria, la ética vital sobre toda circunstancia. Es una esperanza inmediata y constante, ha de cumplirse con ella, no puede fallársele. Cada segundo del Caballero de la Triste Figura, cada minuto de su lúcida locura, cada palabra generosa de sus salidas como andante caballero, cumple con esta esperanza que embellece la vida, que no es sino, tomando la noción de Kant⁹, la ley moral en él. Para cumplir con ella el hidalgo se recrea, y, de los sueños de todos, configura su realidad, y a esta coherencia llamamos locura desde 1605. Toda su labor de recreación es encaminada a esta esperanza, hacer el bien, lograr la justicia, y Dulcinea como apoyo fundamental, impulsándolo todo. (No puede dejarse de señalar que en esta creación del ser ideal que cumpla con la gran misión de querer hacer el bien, cualidad imprescindible sea la de estar enamorado, pero Dulcinea tiene otras implicaciones esenciales que no deben desarrollarse aquí). Pero hay, además, en la figura de Don Quijote, una esperanza cumplida con la que quizá no se contase desde un principio: la de que el deseo triunfe sobre la posibilidad, como esos héroes que fueron pintados más como debieron ser que como fueron, siendo de nuevo más importante lo que se ama y no se tiene que aquello que se tiene sin amor, Don Quijote, viejo, flaco y tendido sobre la arena de una playa de Barcelona, vence al ser vencido, al afirmar la belleza de alguien que no veremos aunque esta proclamación signifique que el arma de su contrincante le atraviese la vida. Y ésta es una esperanza lograda, como la sublime imperfección de los héroes define la perfección.

Gustavo Adolfo Bécquer es también complejo en su espera, porque de nuevo desaparece la claridad de un objeto físicamente real. Hay, para no confundir su esperanza y la de Darío, que comprender y tener presentes la ideología y el idealismo románticos. Hay una exigencia mágica y valiosa a la que obliga el idealismo y que el romántico es capaz de vivir. Si esta vida disgusta, si lo buscado no se encuentra, no se acepta lo encontrado. Se espera lo que se busca vaya o no vaya a conseguirse. De esta consecuencia, de este inconformismo que se generaliza más que nunca en la primera mitad del XIX, nacen, sin duda, los valores más determinantes del ser humano contemporáneo. Por eso puede amarse un rayo de luna y por eso se escoge un «vano fantasma de niebla y luz»¹⁰ como compañía.

Son muchas las ocasiones en que Bécquer vuelve sus ojos al ideal frente a la vida, este deseo, de algún modo independiente de su vida más exterior, es mantenido a lo largo de toda su obra. Repetidas veces encontramos, en sus poemas y en su prosa, declaraciones expresas de esta esperanza fundada en lo tan deseado,

⁹ Tratado como concepto —«ley moral en mí»— en la *Crítica de la razón práctica*. Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1984, págs. 50-54, 67, 68, 73, 74, 127, 184... En alemán, *Kritik der Praktischen Vernunft*, Félix Meiner Verlag, Hamburg, 1974.

¹⁰ Rima número XI, *Obras Completas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Prólogo de los hermanos Álvarez Quintero, Aguilar, Madrid, 1973, pág. 412.

pero son la rima XI y la leyenda *El rayo de luna*¹¹ los manifiestos de esta esperanza. En ambos textos se encuentra el amor escogiendo de entre el imposible si es imposible lo que no se posee. Esto, que expresa la esperanza de algo que se desconoce, el deseo de algo que no se tiene y parece que no se puede tener, no alcanza, sin embargo, a ser la esperanza sin más de Darío. Para Bécquer está fuera de lo posible, para Darío en los momentos que nos ocupan, no sabemos dónde está, porque no está en ningún lugar. Parece que el hecho de entregarla ya sin duda a la imposibilidad, como hace el sevillano, es algo más definitivo y vago que el sentimiento que no explicita que su objeto esperado está fuera de la vida. Pero lo que me interesa aquí no es la posibilidad de conseguir ese objeto –más claramente imposible en Bécquer– sino la vivencia –que parece imposible pero que Darío vive– de algo absolutamente indeterminado, como impulso biológico más acá de la voluntad, como carácter.

Finalmente, con Cernuda, quiero centrarme en un poema del libro *Como quien espera el alba* titulado «A un poeta futuro»¹². En este poema que encierra o expresa casi todo el pensamiento cernudiano, amargo y dolorido, aparece, como un regalo, la esperanza. La esperanza vuelve aquí a un imposible, a la imposibilidad material de su objeto, y por esto, a una fuerza poderosa como posibilidad conceptual, imaginable, presentida. Depositada en una voz futura, cuya proximidad imposible es emotivamente previvida, escuchada y valorada, es la espera de un poeta que habría comprendido a quien nadie podía comprender, una voz capaz de escuchar la suya, de contestarle desde fuera de su tiempo, donde no es posible más que una de las dos direcciones que posibilita la comunicación, y de esta forma, capaz de procurarle al ser incurable cierto alivio:

Cuando en días venideros, libre el hombre
 Del mundo primitivo a que hemos vuelto
 De tiniebla y de horror, lleve el destino
 Tu mano hacia el volumen donde yazcan
 Olvidados mis versos, y lo abras,
 Yo sé que sentirás mi voz llegarte,
 No de la letra vieja, mas del fondo
 Vivo en tu entraña, con un afán sin nombre
 Que tú dominarás. Escúchame y comprende:
 En sus limbos mi alma quizá recuerde algo,
 Y entonces en ti mismo mis sueños y deseos
 Tendrán razón al fin, y habré vivido.

Este modo de confiar, esperanzado, dulcifica, en este poema, la tristeza, a menudo tan agria y sin remedio, de Cernuda. En el poeta de contemporaneidad imposible está su espera.

¹¹ En la edición mencionada, págs. 160-172.

¹² En la edición con estudio de Derek Harris y Luis Maristany de sus obras completas, Siruela, Madrid, 1993, págs. 339-343 del tomo de poesía.

De este modo obligadamente sintético, pues debo volver ya a Darío, quiero mostrar que la diferencia entre las cuatro no las distingue en cuanto a esperanzas habituales, ceñida la habitualidad a su comprensión por ser fundadas en objetos expresados, conocidos por quienes en ellos se esperan. Este ser común a las cuatro hace diferente la esperanza del nicaragüense. Como en las cuatro grandes esperanzas citadas, de mil formas la espera ha concedido su fuerza posibilitándolo todo, pero sólo con Darío fue tan imprecisa y a la vez tan intensa. Frente a la imprecisión por vaguedad de la ley moral, el imposible y el poeta futuro señalados, el vacío total de Darío. Sólo en él habla la esperanza sin voz. De la intimidad de su esperanza, de lo íntimo obligado, de este ser de talante esperanzado, surgen los momentos más imprescindibles del poeta.

LA ÍNTIMA ESPERANZA EN RUBÉN DARÍO

Sin hablar, entonces, de la fuerza encontrada por Darío en el valor moral e histórico de lo hispano, ni de la confianza en la belleza, en el arte, en la armonía, encuentro una esperanza única, impulso íntimo a que me vengo refiriendo.

Hay en Darío una emoción profunda entre el dolor. De vez en vez se asoma esta luz, esta apasionada forma de existir, un amor poderoso y extraño por la vida. En algún lugar del ser humano el otoño sustituye a la primavera que, de algún modo, nació para ser sustituida. De alguna manera nos es concedido el recuerdo de ella, pero, a más dulces primaveras, otoños más dolorosos («mi juventud...¿fue juventud la mía?./ sus rosas aún me dejan su fragancia./una fragancia de melancolía...»¹³). Desde luego Darío tuvo largos otoños, pero en ellos hubo ninfas y violetas, y pienso que así cuajó el misterio más estremecido de las palabras. Como trastorna el primer almendro que descubre febrero, una amapola aislada o el milagro de una margarita mínima nacida en el asfalto, así esta unión de máximo dolor e impulso embellecedor, socava y siembra de inquietud.

Precisamente cuando no marca el porqué de su «a pesar de todo», estos renglones comienzan su sentido. Cuando entre los versos más tristes escribe su «Alba de Oro»¹⁴, cuando nos invita a esperar sin decimos qué esperemos, o cuando escribe «Y, no obstante, la vida es bella»¹⁵.

La esperanza debe ser agradecida por ser comprendida de un modo universal. Si abandona en los momentos en que su ausencia deja el lugar a la desolación, incluye en su «radio de acción» a todos, y pocas veces atenaza su ausencia total. «Los tristes»¹⁶, como los llama Rosalía de Castro, conocen más

¹³ Versos 14-16 del poema «Cantos de vida y esperanza», del libro del mismo nombre. De la edición mencionada, pág. 97.

¹⁴ Del poema «Canción de otoño en primavera», de la edición mentada, pág. 123.

¹⁵ Verso número 33 del poema «Poema de otoño», de la edición citada, pág. 214.

¹⁶ Poema de *En las orillas del Sar*. Prólogo de Marina Mayoral. Castalia, Madrid, 1986, págs. 86-90. Del fragmento III : «Vosotros, que lograsteis vuestros sueños,¿qué entendéis de sus ansias malogradas?».

a menudo su espalda. Ha de distinguirse entre éstos, aquéllos que en su tristeza encuentran la única forma de vida consciente y sensible, de aquellos otros que, no menos tristes, luchan por su alegría. De entre éstos, a su vez, distinguir, por un lado a quienes no pueden nunca encontrar la alegría buscada, por otro, a quienes mantienen una especie de lucha vivida, de corazón ganado y ganador, de estado más o menos apacible en su coherencia. Aquí están Garcilaso, Cervantes, Bécquer, Cernuda y Rubén Darío. A pesar de la tristeza imaginable que expresa el «no obstante», «la vida es bella».

Quizá debería profundizarse en este momento en los estudios psicológicos que explican cómo los seres con más capacidad para dolerse son los mismos que, en su alegría, logran la mayor intensidad. Se trata, supongo, de la sensibilidad. Quizá sea verdad que ésta, en su hondura, sea lo que nos dé tanto la alegría como la tristeza, y sea la misma su posibilidad en el «volumen» de una y otra, igualmente generosa, la intensidad de su ser posible. Quizá esta especie de castigo metafísico recompensado por esta perfecta simetría de volúmenes sea una realidad. Lo contrario a un alma tibia, fue Darío.

Cuando María Zambrano, en su libro *Filosofía y poesía*¹⁷ distingue y enfrenta los dos pensamientos que coordina en el título, les da a cada uno un tipo de persona, y a la poesía le da al ser desesperanzado, a los que no viven la esperanza en la razón. La poesía es el campo del ser embriagado, pero también del ser que no abandona nada, que lucha por todo, que no hace renunciaciones, que no olvida nunca lo que desea, y no puede, por tanto, despedirse de ello. «Sólo se embriaga el que está desesperado»¹⁸. Darío, especialmente poeta, se embriaga como los poetas de María Zambrano y de Platón¹⁹, pero, como los filósofos, no desespera. Quizá aquí haya un punto que la autora española, extraordinaria, no trata: la esperanza mantenida por esa misma embriaguez o hallada en ella, siquiera expresada por ella. Darío, que en ella deposita su sed, su ansia y parte de su esperanza, por medio de ella dice la otra esperanza que trato aquí de descifrar.

Hay un silencio obligado tras el dolor expresado y vivido por Darío, unos puntos suspensivos y, después, la esperanza enorme en no sé qué...la esperanza pura en acto, actuando sola, y, el resto del mundo, sólo en potencia. Y esta esperanza tiene el valor de la posibilidad eterna de salvación. El valor de ser posible siempre. Cuando nada esperemos, esperaremos todavía. ¿Qué diferencia hay entre no esperar nada concreto y no esperar? Sin duda, en el caso que nos ocupa, la posibilidad de vivir. Para María Zambrano, lo que diferencia filosofía y poesía²⁰.

¹⁷ Edición del Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

¹⁸ Página 33 del ensayo citado.

¹⁹ *La República*, en la que, los poetas, son expulsados de la sociedad perfecta por transformar la realidad y engañar a los demás con su visión deformada.

²⁰ En el ensayo mencionado, «Poesía y ética», págs. 27-46.

Si concebimos parámetros de dolor distintos, si nos son permitidos aquí los matices, podemos ver el dolor profundo como el estado en que le es concedido a la oscuridad un espacio enorme. Se vive en él en completo aislamiento de toda belleza, y no sentir es lo único deseable, y aun «deseable» resulta aquí expresión en exceso alabada, demasiado viva. Si comienza la mínima claridad a crear sombras en ese espacio, el primer instante es a lo que me he referido como «querer querer». Si comienza por nadie la blancura, si por propio y acostumbrado movimiento del corazón, por socorro casi fisiológico comienza la luz a aparecer, es que la esperanza ha penetrado por algún lugar y estamos ya deseando. A este momento me refiero. Sólo en otro estado serán posibles las ilusiones concretas que encaucen la espera, que en este momento transcurrirá salvaje, sutil en su falta de fuerza clara, sin margen específico. Lo inespecífico de querer continuar. En algunas personas este estado de esperanza sin marcos no es principio de penetración en el mundo o interacción con él, sino una forma afortunada de ser. «Carácter es destino», escribió Cernuda recuperando las palabras de «alguien infinitamente sabio» y, desde luego, la enseñanza hallada –y tan asumida en el sevillano²¹– en Hölderlin²². Destino fue en Darío, reino siquiera vislumbrado, que le permitió continuar una existencia con durezas no esperables desde el principio.

Como ya dije al principio, Kierkegaard, en el libro citado escribe que no es posible querer querer, que únicamente se puede querer. Lo difícil de esta cuestión no me parece a mí su planteamiento sino su experiencia. Podría hablarse de un esfuerzo puro por carecer del objeto de su fuerza. Esfuerzo desnudo, sin planes, pero que, frente a la inercia, no es irracional ni queda del todo fuera de la voluntad. Sería algo menos triste que lo que ha de preceder a su llamada, pero mucho más que aquello por lo que el esfuerzo impuro –con objeto definido– se da.

Esta esperanza, si bien es fácilmente diferenciable de la que confía en el futuro hispánico o en la belleza, no puede, tan claramente, ser separada del amor. Puede, sí, distinguirse de un amor concretado, pero, ciertamente, no es seguro que pueda separarse por completo del amor. El mismo Darío en uno de sus cuentos, *Preludio primaveral*, afirma lo siguiente: «Supe, más que nunca, que nuestra redención de nuestro sufrir humano está solamente en el amor», y

²¹ El texto citado es *Historial de un libro (La realidad y el deseo)*, págs. 625-661 del tomo I de prosa de la edición citada de Obras Completas de Luis Cernuda. Creo que ese «alguien infinitamente sabio» puede ser Plutarco. Como digo, muchos son los momentos cernudianos en los que reaparece esta idea de un carácter al que no puede ni debe fallársele, entre los más recordados, el poema «Peregrino», en *Desolación de la Quimera*: «Sigue, sigue adelante y no regreses, /Fiel hasta el fin del camino y tu vida, /No echés de menos un destino más fácil» (vv. 11.-13). Versos que recuerdan mucho al poema de Kavafis «El dios abandona a Antonio», que recoge el mismo tema.

²² En casi todos sus poemas y, sobre todo en su novela *Hiperión* (Traducción y prólogo de Jesús Munárriz, Ediciones Hiperión, Madrid, 1996), el autor alemán desarrolla la idea de «misión», destino irremediable, «carácter es destino».

concluye: «el sol, la fruta, y la rosa, el diamante y el ruiseñor, se tienen con amar». Él mismo une, de este modo, todo bien al amor, toda posibilidad de consuelo entre las que está incluida la esperanza.

Ya en el siglo XIII, Stefano Protonotaro, poeta siciliano, declara «Chi si l'amanti nun sa soffriri,/ disia d'amari e perdi sua speranza»²³. Con esto no quiero alejarme un punto de la cuestión que trato, sino mostrar que, desde los más tempranos momentos de toda literatura, de cualquier reflexión humana, amor y esperanza han sido enlazados. Pocas veces ha de escribirse la obviedad, pero me es necesario aquí escribir que el amor lo ha movido y paralizado todo desde que el ser humano pudo no amar, que la ausencia del amor deshumaniza, también fue nuestro poeta el que escribió «Y ¡ay de aquél que nunca ha sabido/ lo que es el amor»²⁴. Hay, así, un componente claro de amor en la esperanza, pero no de un amor concreto, y esto es lo que me interesa traer aquí ahora. La esperanza en Rafaela, en Francisca, en España, en París, en el Arte o en sus hijos, no es la de los momentos que señalo. Tiene un Alba de Oro y un corazón que puede sonar también al trasluz del dolor.

Desde *Azul...y Prosas profanas* la esperanza tiene un valor importante aunque se encuentra dentro de la torre de marfil. El príncipe encaminado que ama sin conocer, el país del sol, la brisa que duerme sobre la espiga de sol y oro, el alma que ha de evitar caerse al «bosque de males» son, finalmente, interrogados por ese cisne al que tanto se había entregado. El dolorido marfil se quiebra y comienza *Cantos de vida y esperanza*....

De este marfil a la esperanza está el salto de la inmaterialidad, pero la idea, la necesidad moral, persigue lo mismo. Sólo la construcción varía. El refugio fue una torre construida de marfil que cayó, de algún modo, siquiera su aspecto. Surge entonces, valiosísima, la palabra esperanza, que no es únicamente refugio porque no se escoge. Ambas suavizan la vida de Darío.

En *Cantos*... se encuentra «Canción de otoño en primavera», emblema de lo que trato de expresar. Muchas son las atenciones concedidas a este poema; su profundidad conceptual, su emoción sincera y una afortunada expresión, se conjugan para hacer de él uno de los momentos más impresionantes de Darío.

El tono triste del poema, la voz vencida que aún sabe contemplar y cuenta, como desde fuera ya de lo contado, las experiencias de amor recortadas y malvividas que han hecho su pena, contrasta por completo con un solo verso final, no ya de reconfortar humilde, sino de poderosa divinidad, de heroicidad casi, de seguridad rotunda y feliz. Este verso —«¡Mas es mía el Alba de Oro!»—, que Francisco Sánchez-Castañer califica de «inocente y conmovedora

²³ *Le rime della scuola siciliana*, Introduzione, testo critico Bruno Panvini, Leo S. Olschki, Firenze, 1962. El apartado X comienza con Stefano Protonotaro, «Pir meu cori allegrari», los versos citados son el 56 y el 57 de este poema.

²⁴ Versos 103 y 104 del «Poema del otoño», de la edición señalada, pág. 215.

expresión»²⁵, si es así bien calificado, deja injustificado este pequeño estudio. Creo que la esperanza del nicaragüense nunca es inocente porque nadie puede contradecirla. La «inocencia» que en la palabras de Sánchez-Castañer resuenan a ingenuidad y autoconvencimiento, no creo que pueda aplicarse a este verso de Darío sin dejar de comprender su fuerza. Los versos anteriores del poema han demostrado que toda ingenuidad ya es imposible:

En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!
Mas a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín...
Juventud, divino tesoro,
¡Ya te vas para no volver!...
Cuando quiero llorar no lloro,
y a veces lloro sin querer...

¿Es posible ver aquí inocencia que resuena a ingenuidad sin proyectar, para leerlo así, la visión propia del mundo?

Desde luego, sí es conmovedora, sobre todo después de lo expresado a lo largo del poema, pero ¿inocente? Si fuese inocente o hija de un arrebato, no volvería a aparecer, y la verdad es que, incluso en su prosa, volvemos a encontrarla. Si es inocente, es inocente Don Quijote llamando hermosa a Dulcinea, ¿qué inocencia cabe en quien da la espalda al mundo que puede compartir?, ¿qué inocencia es posible en soledad?

Finalmente, el mismo Sánchez-Castañer explica este poema como la búsqueda del «imposible triunfo». Decir esto es no creer en el poema o, peor, puesto que lo dicho podía ser entendido de modo metafórico, es confiar en una parte del poema, y desconfiar de otra, usar distintas interpretaciones para un mismo impulso, un único poema. Sí se deja ver una lucha dura, sí es clara la contraposición, la paradoja, la difícil coexistencia de los dos sentimientos expresados en el poema, pero en los sentimientos, la antítesis no es imposible. En su ámbito existe sólo la paradoja, el estado antitético, pero hablar de contradicción es un error, por eso pueden ser verdad las dos partes del poema. Es verdad que el dolor y la inquietud se desarrollan a lo largo de casi setenta versos mientras la esperanza sólo da para uno, pero, ¿por qué tal rotundidad? y ¿por qué su posición final, conclusiva? Si no se ve esa lucha, si no se considera este último verso, no se comprende esta lucha íntima que posibilitó y caracteriza a Darío. Como también vemos en Don Quijote, hay una batalla

²⁵ En su libro *Estudios sobre Rubén Darío*, Cátedra «Rubén Darío» Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1976, pág. 35.

interna más importante que cualquiera que se vea. Hay una forma consecuente de vivir que permite vencer al ser vencido, que hace posible la victoria interna aunque no siempre el exterior la reconozca. Esta victoria se llama en Darío «Alba de Oro».

Este poema, al que resulta, en verdad, muy difícil calificar, simboliza la íntima y deshabitada esperanza del autor, la posibilidad de no terminar llorando para provocar el llanto, el conocer bien que no hay mayor dureza que la vivencia común de las dos realidades. Y las dos son posibles a la vez. La dificultad es lo objetivamente conocido de Darío, pero, como señala el profesor Sáinz de Medrano «nada pudo impedir que, paralelamente al viaje terrenal, el corazón del poeta visitara con felicidad la fuente Castalia»²⁶, y esto, con una existencia como la que el poeta tuvo, sólo puede ser comprendido desde la aceptación del pulso vital que empuja al hombre Darío en los momentos de mayor inspiración, angustiados y amargos pero que, «incomprendiblemente», no dejan de latir.

Después de *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*, Rubén Darío publica *Canto errante*, *Poema de otoño* y *Canto a la Argentina* en 1907, 1910 y 1914 respectivamente, los tres en Madrid. En los tres continúa esta especie de pulso interno. La poesía del nicaragüense evoluciona por un lado al tema americano, por otro, su poesía adquiere una espiritualidad distinta, reflexiva, reconcentrada, acerca de su sentir cansado. No faltan, no obstante, poemas que nos recuerden lo mejor de sus *Prosas profanas*, como el titulado «A Margarita Debayle»²⁷, en *Poema de otoño*. De los tres libros, es quizá este último el más destacable con relación a este estudio. El primer poema, titulado como el libro, recuerda, desde su nombre, a la «Canción de otoño en primavera» tratada anteriormente. De Canción pasamos a Poema. Efectivamente el tono es más «musical», incluso con estribillo, en la primera de las composiciones. No obstante, si aquél trataba en su mayor parte las desilusiones sucesivas en cuanto a las relaciones amorosas del poeta, éste es casi una exhortación a la vida, al placer, al amor. Sin embargo, su tono definitivo y seguro, no logra esconder un poema de otoño, versos muy ajados, la convulsión interna de toda alegría. Un estarse animando al animar a otros, un racionalizar algo que no es sentido de forma radical. El otoño parece el mismo que el de la Canción, y, como en ella, a pesar de cierta lucha obligada, se mantiene el pulso rubendariano, la batalla interna, el «a pesar de todo», la respuesta interior que, con independencia –aunque puesta a prueba– de las circunstancias, sobrevive:

¡Aún hay promesa de placeres
en las mañanas (...)
Aun en la hora crepuscular canta una voz! (...)

²⁶ En el artículo «Los viajes de Rubén Darío por Hispanoamérica», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, número 23, Editorial Complutense, Madrid, 1994, págs. 83-106.

²⁷ En la edición citada, págs. 224-226.

Aún vencen muerte, tiempo y hado
 las amorosas;
 en las tumbas se han encontrado
 mirtos y rosas (...)
 Pues aunque hay pena y nos agravia
 el sino adverso,
 en nosotros corre la savia del universo.

Valoraba esa esperanza como no ingenua e hija de arrebatos por el hecho de volverla a encontrar. En sus cuentos, he señalado, también aparece la espera que impulsa. Ya en *Azul...* encontramos varias narraciones en las que la esperanza constituye un elemento temático fundamental: *El pájaro azul*, *El velo de la reina Mab* y *El Rey burgués (canto alegre)*.

En *El pájaro azul*²⁸, un poeta pobre, bohemio típico, brillante y sensible, insiste, mirando al cielo, en que, enjaulado en su cerebro, vive un pájaro azul. Éste es quien le permite escribir, pero es, sobre todo, lo que le hace vivir aunque quiera escapar de su cabeza. Un día, con un balazo en la sien, encuentran sus amigos a Garcín, el poeta, y junto a él una pequeña nota que dice: «Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula del pobre pájaro azul.» Efectivamente, el simbolismo de este cuento, muy señalado por la crítica escasa de la prosa de Darío, es complejo porque apunta a distintas realidades –por otra parte ésta y no otra es la función del símbolo–. Puede ser la inspiración, el sentido artístico, la belleza, que ha sido muy señalada, pero, entonces, ¿por qué esa ansia de liberarse del pájaro?, si es la inspiración, ¿cómo no encuentra ésta su canal en los versos que Garcín escribe a lo largo del cuento? El propio poeta escribe «Cuando el pájaro quiere volar y abre las alas se da con las paredes del cráneo». No parece aventurar demasiado reconocer aquí a la esperanza enfrentada al contenido de ese cráneo, el cerebro, la razón.

En *El velo de la reina Mab*²⁹, la reina de las hadas regala la esperanza, cuando la desesperación les atormenta, a cuatro artistas que sienten el fracaso, un escultor, un pintor, un músico y un escritor. La esperanza es aquí el velo de la reina Mab, un velo azul «como formado de suspiros, o de miradas de ángeles rubios y pensativos». La vaguedad de un velo que los cubre sin que lo perciban físicamente, cobra aquí el impulso de la posibilidad de alegría. Todo es simbolismo y a la vez realidad.

*El Rey burgués*³⁰ también es un cuento simbólico, como casi todos los de Darío, pero, de entre ellos, es quizá el que encierra el simbolismo más cercano a su vida. Un Rey burgués ignorante y rodeado de cosas bellas gracias, no a su gusto, sino a su dinero, no sabe lo que es un poeta. Uno llega a su corte y se le ofrece, pero, maltratado por el Rey, morirá sólo después de transmitir su

²⁸ En *Cuentos Completos*, estudio preliminar de Raimundo Lida y notas de Ernesto Mejía Sánchez, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, págs. 93-96.

²⁹ De la edición mencionada, págs. 123-126.

³⁰ De la misma edición, págs. 127-131.

pensamiento alentador por el cual se anima todo el cuento: mañana saldrá el sol aunque yo no pueda verlo, y con él, el ideal. Aunque «como gorrión que mata el hielo» lo hace morir el estúpido rey, la esperanza es mantenida, es creída hasta el final, esto aquí es un hecho. Es inevitable que esta aurora prevista, presentida por el poeta que se congela, traiga palabras que Borges escribe en *La Biblioteca de Babel*: «Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista aunque mi lugar sea el infierno³¹». El poeta de Darío ve la aurora, aunque él no vaya a vivirla. El angustiado «personaje» del argentino no ve la aurora, pero la desea y la pide, si no para él, para los demás. La misma generosidad en ambos casos, el mismo deseo, distinta seguridad.

Después de *Azul...* hay otros cuentos en los que la esperanza aparece como algo esencial. *El año que viene siempre es azul*³² transmite, desde su título, esta esperanza crónica. La historia triste que narra el cuento es la respuesta de una lectora dolida ante la frase que da título al cuento y que Darío había escrito en el mismo periódico en el que, tras transcribir la historia de la mujer molestada, escribe su contestación, *El Heraldito*. La mujer cuenta cómo dos jóvenes se enamoran y viven, desde su separación, esperando al año siguiente que habrá de reunirlos de nuevo. La joven muere tísica y «ese joven es hoy un escéptico y un corazón de hielo. El año que viene fue para él negro». Aquí, con esta reproducción de las palabras tristes y enfadadas de la receptora del periódico, hubiese terminado cualquier otro escritor, arrepentido, quizá, de su dulzura, pero Darío, no puede dejar de añadir algo refiriéndose a la joven muerta por la tisis: «—¡Sí, pero para ella siempre fue azul!. Voló a ser rosa celeste, alma sagrada, donde deben existir el ensueño como realidad, la poesía como lenguaje y como luz el amor.» De nuevo la luz donde parece imposible atreverse a encontrarla.

Finalmente querría señalar la declaración que aparece en *La novela de uno de tantos*³³, en la que, con su propia voz, dice el autor: «He tenido, entre mis triunfantes días de oro, algunas horas negras, y por eso veo en toda amargura algo que pone en mí el ansia de aliviar (...) y en toda desesperanza una fortaleza íntima que me obliga a derrochar mi tesoro de consuelos». Esa «fortaleza íntima» que se atreve a contradecir a la mujer dolida que contesta al Darío de *El Heraldito*, ese impulso «más acá de la conciencia» cuando nada parece quedar, pienso que posibilita el «imposible triunfo» que no veía Sánchez-Castañer en su buen estudio sobre la «Canción de otoño en primavera».

Y después de todo, ¡Siento
que hay algo en mi corazón!³⁴

³¹ En *Narraciones*, edición de Marcos Ricardo Barnatán, Cátedra, Madrid, 1995.

³² En la edición mencionada, págs. 147-150.

³³ La misma edición, págs. 219-222.

³⁴ Versos de la «Introducción» de *Epístolas y poemas*, en la décima edición de *Poesías Completas*, Aguilar, S.A., Madrid, 1967, pág. 329.

Terminemos con estos versos. Hay algo de alegría en Darío. Una vida desgraciada, una obra a menudo angustiada, desasosegada y, no obstante, no se le haría justicia si olvidásemos su batalla íntima ganada desde que comienza a ser. Resulta impresionante y muy admirable esta posibilidad de victoria. Pese a todos aquellos que tanto han arremetido contra la esperanza como sentimiento ciego y cegador, Aristóteles nos refugia todavía en su afirmación de que la esperanza es el sueño del hombre despierto, y Kant nos obliga a ella, como tarea de la razón práctica, que ha de unir la naturaleza o realidad y la moral o «lo que debe ser», se trata, de este modo, de hacer lo que debe ser, por lo que la esperanza queda casi convertida en la posibilidad buena, en la mejor realidad³⁵.

Hay algo de contención en el hecho de que la esperanza viva con independencia de lo que ocurra, y hay, en lo mismo, victorias indecibles. Si hubiera sido de otra forma, no escucharíamos ya a las hadas de Darío, ni sus princesas podrían hoy decirnos nada. Todas viven, la fortaleza interna arrebatada al desconsuelo las hace posibles. Quizá, como nacemos rubios o morenos, nazcamos también esperanzados o desesperanzados. Quizá haya un punto de espera con el que todos debimos nacer, y otro con el que todos nacemos. Quizá sea así, y Rubén Darío naciese bajo la tutela de la esperanza, curativa como el velo de la reina Mab. Pero también él la luchó. A menudo, en sus versos, no parece fácil expresarla...muchas, ya no aparece. Pero se levanta de tanta negrura, y su voz suena consciente, vidriada. Darío pasa salvando pequeñas muertes con un espíritu que nunca se entibia...porque es real que llevamos algo en el corazón, porque el dolor es indiscutible, pero tampoco debería discutirse la alegría. ¿Es suficiente que en el corazón suene algo?, a Darío le bastó para hacer con las historias más tristes los cuentos más dulces que se han escrito, aunque los escribiese borracho. De su desconsuelo, dijo, sacó la fortaleza íntima que revolucionaba el tesoro de la ilusión, que hoy nos arrebatara con consuelos. Hay una gran fuerza en esta actitud, una gran bondad, y una belleza que no sabe sucumbir. ¿Dónde buscó él esta posibilidad?, no sacamos, del desconsuelo, los demás a la hermosura.

Hay una espera firme en «querer querer» o en querer sin saber lo que habrá de hacernos vivir. Es el principio de la resurrección, pero es lo único que tenemos en la obra de Darío. En él no es un principio, es una forma de vida, comienza constantemente pero no se desarrolla...como aurora forzada a desconocer el sol del mediodía. La disposición, la voluntad pura que todo esto refleja, es la mayor fuerza humana, es imparable, y sólo entonces puede ser que una insinuación sea soberbia y que la tranquilidad pueda ser, a la vez, de mar y cielo. Entonces, hay veces, que se llora sin querer y puede persistir encanecida la sed de amor. Son necesarios los treintaiséis puntos suspensivos de la «Canción de otoño en primavera».

³⁵ *Crítica de la razón pura*, prólogo, traducción e índices de Pedro Ribas, Ediciones Alfaguara, Madrid, 1986, pág. 633. En alemán, *Kritik der Reinen Vernunft*, Felix Meiner Verlag, Hamburg, 1956, pág. 732.

Debe haber multitud de pequeñas luminosas dispersas por el mundo, pero sólo alguien bondadoso, además de artista, concede la luz al deseo. Así puede entenderse que una sola luz descubra otras luces, más humildes, pero capaces de explicar que los corazones suenan. De este modo, ¿qué puede llevarse el alba? Estamos aquí para entender, de una vez, que aquellas hadas son de verdad.

MARÍA PRADO MAS
Universidad Complutense de Madrid